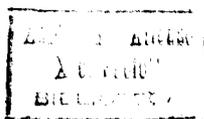


AUSENCIAS NECROLOGALES EN NUESTRA ACADEMIA

POR

ANDRES SOBEJANO ALCAYNA



DON JOSE PEREZ MATEOS

(1884 - 1956)

Una de las más relevantes y estimables cualidades que alcanzan y avaloran a los hombres de amplia vida de relación, profesional o social, es sin duda la tenacidad perseverante en los entusiasmos y aspiraciones a que se entregaron. El propio ardor ambicioso, más generoso que egoísta, que incuba en ciertos temperamentos, la sucesión inquieta de iniciativas y metas, la actividad anímica en que viven y se ilusionan, parecen borrar en algunos hombres así estimulados, las huellas de los años y prestarles una aparente y como inmarcesible juventud interior.

Este es el caso de nuestro llorado Presidente y Director de «Murgetana», verdadero murciano de pro, el Doctor Don José Pérez Mateos, que no adhirió nunca su atención y voluntad a nada que no fuese con la total dedicación exhaustiva de todas sus demás facultades. Dotado desde sus años primeros—que pasó en su barrio natal urbano de San Nicolás—de claro talento y fácil memoria, de una incansable diligencia por las lecturas y las cosas, en los finales de un siglo que se dió en llamar de las



luces y en el dintel de otro que traía muchas novedades y revelaciones, después de su instrucción primaria bien atendida y su no menos cultivada enseñanza superior en nuestro Instituto, pasó del seno de una familiar burguesía, industrial y funcionaria, a la Facultad de Medicina de Valencia, llevado tal vez más de un impulso doméstico, por haber ya algún médico en la parentela, que de una vocación empeñada por la ciencia de Celso y Galeno; porque lo que el joven demostraba siempre, por su imaginación, verbosidad y aficiones, era más bien una innata propensión a lo literario, a lo polémico, a lo artístico. Ya en sus estancias en la capital valenciana se inició en la música, no solamente en su filarmónica predilección de espectador asiduo de conciertos y ópera, sino en el aprendizaje y manejo de dos importantes instrumentos de cuerda, piano y guitarra, para cuya interpretación llegó a componer algunas piezas con pretensiones. Todo ésto y su amistad y frecuente trato con los excelentes músicos murcianos Verdú, padre e hijo (Don Fernando y Don José; docto musicólogo el segundo) formaron su cultura musical que cada año se fué haciendo mayor, y a la que ha permanecido fiel, siendo su encariñado pasatiempo en medio de los trabajos y preocupaciones del ejercicio de la medicina y cirugía, hasta sus últimos años.

Recién terminada su carrera, con el claro y vivaz optimismo que animaba todos sus esfuerzos, despertó su amor a la literatura y bibliografía profesionales y científicas, alentado por algunos premios a trabajos de tema patológico e higiénico, en Juegos Florales, concursos y certámenes de la región; y fundó, en compañía de sus colegas y amigos los Doctores Bermúdez y Lorca (Don Julio) una muy cuidada e interesante publicación, la «Gaceta Médica de Murcia» que duró unos pocos años; y después, ya solo y a su costa, y con insólitas pretensiones, la memorable y ricamente presentada Revista «*Polytechnicum*», en la que ensayó alternar con artículos y estudios médicos una parte selecta dedicada a las Artes y las Letras, en la que consiguió las colaboraciones de las mejores plumas de España y algunas excelentes de las de la localidad o provincia. La limitada colección de dicha Revista, de muy rara ya conservación, constituye hoy, con «Oróspeda» y «Verso y Prosa», la trinidad más importante de Revistas de renombre nacional, publicadas en Murcia, y desgraciadamente desaparecidas y agotadas, que aún son buscadas hoy afanosamente en las hemerotecas.

Cuando anduvo en esta empresa periodística y romántica, ya era Médico especialista de Oto-rino-laringología; pues en 1909 y siguientes pasó largas temporadas y cursos en Barcelona, aprendiendo y practicando la materia de especialización con el afamado catedrático y cirujano Doctor Botey que, por entonces, antes de que García Tapia, Cisneros y otros ases, rutilaran en Madrid, era considerado como el maestro eximio de aquella delicada disciplina quirúrgica.



Los años primeros en que, con singular éxito y acogida, practicó aquí su especialidad escogida, con el ensayo de nuevas técnicas (haciendo por primera vez aquí la extracción operatoria de cuerpos extraños en tráquea y esófago), coincidieron con lustros de gran movimiento político en toda España en general, y en nuestra comarca en particular, por lo que representaba en aquellos choques y turnos de partidos el que llevaba la dirección del aquí predominante. El poderoso partido conservador, acaudillado por el Ministro murciano Sr. La Cierva, arrastró a la vez muchedumbres leales y sumisas y apasionados enemigos, dentro y fuera de la región. Y en este clima de lucha, controversia y acción, las Juventudes Conservadoras dieron una nota del mayor lucimiento y eficiencia, brillante y acusada, multiplicándose por todas partes. De la distinguida y muy numerosa de Murcia fué Presidente el Dr. Pérez Mateos, brioso orador y sólido conferenciante, que fundó además, allá por el año 1914, el Seminario «Patria», órgano de dichas Juventudes, que primeramente dirigió él mismo, luego sucesivamente otros de sus deudos y colaboradores, y se mantuvo dignamente, cinco o seis años más, en el palenque de la prensa local, hasta que las circunstancias y el ambiente político, más apaciguado, cambiaron bastante.

Concejal y Teniente Alcalde, por elecciones, pasó el Dr. Pérez Mateos a ocupar el sillón presidencial del Ayuntamiento hasta el 1921, señalándose su gestión por una serie de iniciativas y mejoras en la urbanización y en la administración y tono vital municipales que fué de lamentar no permitieran más durables e intensas la estrechez de los presupuestos y la efímera vida de los alcaldes de aquellas décadas.

Mucho trabajó, sacrificó y se agitó en los años siguientes por conseguir un acta de Diputado a Cortes, dentro del partido en que militaba; pues su vocación y dotes parlamentarias lo dominaban y absorbían; y la vecina provincia almeriense fué testigo, en más de un distrito, de sus tenaces y brillantes campañas electorales y propagandísticas. No le fué dado, sin embargo, por los azares internos políticos, lograr lo que con tanto afán y verdadero altruismo y desprendimiento, persiguió en los comienzos de dos legislaturas.

Con la época del Directorio Militar y gobierno de la Dictadura de Primo de Rivera, cuya consigna era destruir el estancamiento y corruptelas de la vetusta política partidista anterior, hubo de sufrir, como tantos otros prohombres de situaciones precedentes, censuras e inquietudes que hicieron mella y desencanto en su obsesionada ilusión política. Nada hubo, sin embargo, que empañase su probada honorabilidad y buen nombre. Muchos de sus proyectos y planes de mejoras urbanas que habían quedado, fueron aprovechados inclusive por Ayuntamientos posteriores a 1923, y aún por los de la imprevista República que llegó con apariencias de renovación y acabó en la demagogia, el fango y la catástrofe.



Durante este régimen episódico, y merced a sus experiencias organizadoras y profesionales, fué nombrado, con el más templado Gobierno, Subsecretario de Sanidad, dependiendo del Ministerio de Trabajo, y elaborando el acertado Estatuto de las clases sanitarias, acogido con beneplácito por éstas.

Perseguido, como tantos otros, a pesar de sus ideas liberales, en los turbios y alarmantes meses primeros del dominio rojo, fué sacado de la prisión por sus merecimientos como médico operador para prestar servicio en los hospitales de guerra de esta capital.

Vió por entonces abatirse, como castillos en ruina, empresas ingentes y personalísimas suyas, como la Previsión Médica Nacional, que había creado y articulado con unánime éxito y acogida entre la clase, y de la que había sido verdadero apóstol desde su sede, que descentralizó y colocó en esta su ciudad de Murcia. La usurpación y extrañamiento que otros elementos afines hicieron, al ocurrir la ansiada liberación, de esta su empresa en la que había agotado sus mayores cariños y desvelos, fué un golpe tan rudo para el ya tan popular Dr. Pérez Mateos, que, sin dudar, puede decirse que allí empezó a flaquear su salud y a declinar su estrella.

Con los albores de la paz y el Gobierno Nacional del Caudillo Franco, una vez reintegrado del todo a su amada Murcia natal, dedicóse por entero a la vida profesional y a los organismos corporativos, sociales y científicos, de la Medicina. Fueron éstos la Real Academia de ésta y su Presidencia, y la del Colegio Oficial médico, por los que laboró con denuevo y acierto.

Y, habiéndose creado por la Excma. Diputación Provincial, según el patrón que lustros atrás ideara el Sr. Ibáñez Martín, en tiempos de su Presidencia, la «Academia de Alfonso X», de Estudios murcianos y de muy limitados y selectos miembros de entre los representantes de la intelectualidad en la provincia, fué desde un principio designado Académico de número; y al poco de su funcionamiento, Presidente de la misma, cargo en el que le ha sorprendido la muerte.

Su gestión, durante tres largos lustros, se ha destacado bajo los signos del mayor lucimiento y eficiencia, pudiéndose decir de élla que despertó y renovó en Murcia el culto atrofiado a su glorioso pretérito y a sus mejores tradiciones y egregias figuras. Baste recordar la memorable semana de mayo de 1943 en que se celebraron solemnemente por nuestra Academia las fiestas centenarias de la primera Reconquista de Murcia por el Príncipe Alfonso, Rey Sabio luego; fiestas bruñidas por la personal intervención de los más altos oradores, sabios y poetas de la nación, que fueron de éllas diversas y relevantes partes, y que culminaron en la gran Cabalgata histórica retrospectiva con que fué llevada a la Catedral la Virgen de la Arrixaca, trovada por el Monarca vate, y la estupenda y completa «Historia del Rey Alfonso X el Sabio» premiada al insigne investi-



gador y Académico Don Antonio Ballesteros, en un concurso trascendental.

Igualmente promovió Pérez Mateos, desde su Presidencia, las conmemoraciones centenarias del humanista Licenciado Cascales y la del escultor Roque López, con exposición magnífica de sus obras maestras de imaginería. Y cuando ya la muerte venía aproximándosele, aún agotaba sus últimas grandes iniciativas y sus energías ya vacilantes en la preparación de los fastos centenarios del eximio político y escritor, murciano y universal, Saavedra Fajardo, con un Concurso internacional de altos vuelos y temas doctrinales que ha constituido el más gallardo y perenne monumento en honor del noble caballero y literato algezareño.

Además de todo ésto, Pérez Mateos, fuera de lo profesional, donde también hizo investigaciones y ensayos publicados, muy felices y luminosos, cultivó la didáctica académica con notable lustre; siendo de recordar, entre otros, su extraordinario estudio sobre «El ritmo», ampliación de la conferencia que explanó en un ciclo famoso, desarrollado por eminentes personalidades, en la Diputación Provincial.

Su entusiasmo por el arte y folklore locales demostrado en su constante protección a los coros de Auroros, Orquesta Sinfónica, Bailes y Danzas regionales, y a cuanto es vivo testimonio de la personalidad cultural y artística de Murcia y su región, fué siempre incansable y verdaderamente efusivo y contagioso; pues, poseedor de una palabra cálida y expansiva, realizaba con ésta cuanto a la exaltación de Murcia y sus valores afectaba.

Hasta sus años últimos, ya un tanto escépticos y desengañosos, como suelen tornarse en cuantos han vivido y luchado mucho, alcanzó realizaciones insuperadas para otros; y concretamente se debe a su perseverante instancia sin desmayos la instalación adecuada, permanente y definitiva de las dos Academias que presidiera, la de Medicina y la de Alfonso X el Sabio, en sendos departamentos del flamante edificio que, para Casa de la Cultura, ha creado en nuestra capital el Ministerio de Educación Nacional y la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, y en donde vienen aquellas corporaciones digna y decorosamente asentadas desde 1954.

Bien hemos de sentir todos los Académicos alfonsinos—¿qué digo?— todos los murcianos que por el mejoramiento cultural de nuestro país se preocupan, la ausencia, la carencia lamentable de este promotor y adalid enardecido de cuanto a aquella se refiere; y puede decirse que cuantas instituciones dirigió, sentirán largo tiempo su luto; y, cuantos confeccionamos, por heredad amorosa, esta Revista—que él incorporó al conjunto de publicaciones tuteladas por el Consejo Superior de Investigaciones—y nos ocupamos de la vida, bibliografía y objetivos de esta Academia, evocaremos siempre, con dolor y nostalgia, al par que con orgullo, aquel hervor de intenciones, aquella voluntad férrea y tesonera que nos hacía



a su lado sacudir la innata indolencia y languidez, impulsándonos hacia labores y metas que para él nunca tenían vallas ni obstáculos. Su ejemplo nos confortará en lo sucesivo. Dios habrá dado descanso eterno a sus nobles y permanentes inquietudes.





DON NICOLAS ORTEGA PAGAN

Otra baja muy sensible y de elevada categoría ha experimentado la Academia de Alfonso X con la desaparición del Decano y maestro de periodistas murcianos, cronista de la ciudad y archivero municipal, el venerable Don Nicolás Ortega, tan largo en años como rico en merecimientos. Su autoridad en materia de historia y costumbres locales, su prudencia y ponderado juicio, su correcta y bien cortada pluma, eran elementos innatos que le respaldaban y prestigiaban en el seno de esta entidad a la que pertenecía desde su fundación.

Nacido en Fuente Alamo de la provincia de Murcia en 1871, y venido muy joven a Murcia, donde inició estudios de Humanidades y Filosofía en el Seminario y luego en la Normal de Maestros, dedicóse al ejercicio de la enseñanza media o superior, en unión de dos de sus hermanos que llevaban la primaria, en el Colegio que montaron y se llamó de «Santo Tomás de Aquino»; ayudando también mucho y generosamente a la labor escolar que se desarrollaba en clases nocturnas y gratuitas en aquel Centro instructivo, murcianísimo y extraordinario en sus frutos, que fué el Círculo Católico de Obreros, de tan brillante historia religiosa, social y docente.

Siempre revelando aptitudes singulares de escritor y polemista, y un criterio genuinamente católico, fundó allá por los años de 1901 á 1903 un semanario de varia literatura y doctrina que se intituló «¿Quo Vadis?», y que publicó en unión de varios caracterizados amigos y conter-



tulios, sacerdotes algunos de ellos. Al fundarse en nuestra capital el periódico «La Verdad», en aquel renacer de la buena prensa contra la impía y liberal que predominaba en España a principios de siglo, y tras la etapa inicial de un Director forastero que no arraigó, fué nombrado para tan importante cargo en dicho diario, que fomentó y popularizó con exquisito tacto y destreza, bajo la protección del Obispado y la censura del Dr. D. Juan Baustista Luis Pérez, canónigo Doctoral, que fué luego Prelado de Oviedo. A la vez que editaba este periódico se introdujo en asuntos de imprenta propia, con éxito; y fué el único periodista local capaz de codearse y contender respetuosamente con el patriarca Martínez Tornel que por entonces había acabado con su veterano «Diario» y era asiduo colaborador de «El Liberal», en la sección de crónicas puramente locales. De cómo intuía y discernía en materia social y política, y de cómo enriqueció las colaboraciones del citado periódico católico, dan testimonio las colecciones de algunas décadas del mismo, llenas de editoriales sólidos y magníficos y las columnas de tantos números por él elaborados con un perfecto sentido periodístico.

Diferencias con la Empresa editorial le hicieron luego abandonar la citada dirección, siendo encargado entonces de la de un nuevo diario político «El Tiempo» órgano del partido conservador murciano, fundado por éste en 1909. Allí es donde, en un ejercicio constante de la crítica, del honesto juicio y de la flexibilidad y delicadeza para con los correligionarios e indiferentes, y contra los adversarios, en épocas de desatada incontinencia u hostilidad hacia lo que el periódico defendía o representaba, desarrolló hasta 1930, en épocas florecientes y en otras de persecución o encono, un magisterio periodista verdaderamente ejemplar y fecundo. Puede decirse que, durante muchos años, Don Nicolás vivía y casi dormía en la Redacción y junto a las cajas y máquinas del diario. Allí tenía su despacho, su gabinete de visitas, su tertulia a la que acudían próceres e intelectuales murcianos, de lo más escogido. Ninguna palpitación nacional o local, cultural o urbanística de nuestra tierra escapaba al fino observatorio línceo del Director de «El Tiempo», que completó su formación de buen prosista en el yunque de la seriedad mental y la decente ironía, necesarias en la profesión, y más aún en su cargo destacado.

A la muerte del inolvidable Frutos Baeza, el más castizo intérprete del alma popular huertana y perspicaz ensayista de historia documental de Murcia, fué nombrado Archivero Municipal, por vía y procedimiento puramente administrativos; y el que entonces sólo tenía un somero conocimiento de los métodos de investigación y la paleografía, con una constancia y un tesón juvenil, empezó a practicar y a imponerse en materia diplomática y de escrituras antiguas, y acabó siendo un versadísimo descifrador de documentos y textos pretéritos; lo que le sirvió para ir asimilando la vida local desde el siglo XVI y deleitarnos e ilustrarnos pe-



riódicamente con rebuscos y curiosidades retrospectivas de verdadero interés que espaciada y regularmente iba publicando en circunstancias pertinentes, en la prensa local. A esta minuciosa y amena labor de memorias y reconstrucciones del pasado, pertenecen los numerosos capítulos de su Callejero murciano, que aún viene publicando la «Hoja del lunes», y los múltiples artículos que, alrededor de las devociones patronales de la Arrixaca y Fuensanta, escribía y divulgaba en señaladas fechas anuales.

Con razón suficiente fué nombrado Cronista de Murcia, enteradísimo del desarrollo de la vida local, desde la Edad Media hasta nuestros días; y había siempre en él un consultado certero de puntos oscuros histórico-jurídicos de Murcia y su huerta que él tan a fondo conocía; pues que inclusive prefirió vivir en élla, sin perder el geórgico contacto con el cultivo y aprovechamiento de los terrenos propios que gustaba cuidar y en los que radicó su permanencia cotidiana.

Talento claro y pedagógico, ingenio sin torcidas dobleces, fomentó mucho con sus escritos las artes y letras locales; y hasta él mismo llegó a componer con fines recreativos y moralizadores, bocetos de graciosas comedias y sainetes para jóvenes y aficionados que representaron en los escenarios de Círculos y Colegios, en sesiones recreativas, siendo muy celebradas.

Tan circunspecta y honorable fué su figura en el ámbito local que, contra lo que era de temer, dados sus antecedentes ideológicos que tanto lo honraban, lo mismo los ímpetus republicanos que las devastadoras corrientes del dominio marxista, que asestó mortales golpes contra antiguos correligionarios del Sr. Ortega, lo respetaron y mantuvieron en su puesto administrativo, teniendo para su persona consideraciones que no se prodigaron con tantos otros hombres de ideas y tendencias derechistas.

Como estaba cargado de méritos y labor literaria, y de prestigio en la ciudad, se le nombró Académico de número apenas fué creada nuestra Corporación. No le han faltado a ésta sus colaboraciones, sus asesoramientos, su asistencia, siempre que fué requerido; y rodeado de una aureola venerable y senatorial, mantenido en activo en su jefatura del Archivo Municipal hasta el último momento, y rebasada la edad oficial de su derecho de jubilación, acabó sus días en 27 de septiembre de 1956, no mucho tiempo después de haber celebrado con gran gozo sus bodas de oro con el periodismo. Partió de aquella luminosa parcela de sus huertos, tras breve dolencia, a la tierra tenebrosa y cubierta por la calígene de la muerte, como se dice en el libro de Job; y el duelo de Murcia se manifestó unánime y patente, parejo a aquel en que dejó sumida a esta Academia murciana que tanto honorificó y en la que perdurará indefinidamente su bondadoso y patriarcal recuerdo.



DON JOSE SANCHEZ MORENO

No sólo las viejas encinas caen abatidas al hacha de la muerte: También los árboles jóvenes y lozanos, pingües de frutos y promesas mayores, son a veces diezmados por la letal guadaña, produciendo en nosotros su derrumbamiento un sobrecogido estupor.

Con el último día del año de 1955, y como si fuese hoja seca arrebatada por el cierzo invernal, entregaba a Dios su alma buena y sufrida el joven Doctor en Ciencias históricas, Profesor adjunto por oposición de la cátedra universitaria de Historia del Arte, Don José Sánchez Moreno, nuestro compañero también de Academia, cuya medalla ostentaba muy legítimamente ya varios años.

Era natural de la villa de Ricote, que da nombre a valle y montaña, muy famosos en la historia regional ya desde los tiempos de la dominación árabe. Fué en el año de 1914 cuando vió allí la luz primera; y su educación infantil y su formación moral e instrucción se labraron en Murcia en torno a su tío el Rdo. Don José Gómez, Párroco de San Lorenzo. Acusó desde su adolescencia unas dotes especiales de talento, clara comprensión y buena memoria, que le alentaron a emprender estudios mayores post-escolares. Y así, verificados los de la Enseñanza Media en Colegios religiosos de la capital, hizo frente a los de la Facultad de Filosofía y Letras, por los que sentía predominante inclinación; comenzándolos en la Universidad de Murcia y terminándolos en la de Sevilla.

Antes, la notoriedad de sus aptitudes literarias y pureza de criterio cató-



lico lo habían llevado al periodismo, siendo seleccionado por el Director de «La Verdad» y profesor universitario Sr. Salmón, mártir después de la crueldad marxista, para redactor numerario de dicho diario local. Las persecuciones de las postrimerías de la República y la roja avalancha en esta zona durante nuestra guerra civil interrumpieron, además de su labor tranquila y fecunda de investigador y periodista, sus tareas académicas. Y al concluir victoriosamente para nosotros aquella encarnizada contienda, la Jefatura de Prensa del Movimiento lo hizo Director del diario falangista «Línea», donde llevó a cabo una experta, discretísima y lucida gestión en la que su carácter se fué modelando y templando, y su pluma se probó en arduo ejercicio, acabando de afinarse magistralmente. Alternó con su ingrato trabajo cotidiano, que superaba a pesar de su agotamiento, el de la investigación histórica y la crítica literaria y de Bellas Artes, mostrando una erudición y una agudeza excepcionales. Muchas de sus producciones eran a menudo premiadas en certámenes importantes: y su nombre ya era ventajosamente conocido, primeramente por su libro de ensayos y prosas poéticas «El alma, el paisaje y las cosas» (1936), y luego por sus afortunados estudios y descubrimientos sobre pintores y orfebres locales y regionales; sobre Bussi, Dupart y otros escultores, pasando a una categoría altísima y envidiable con su monografía casi exhaustiva sobre «Salzillo» (1945) que había sido su laureada tesis doctoral y constituye el libro cumbre, ya indispensable y clásico para el conocimiento y valoración completos de nuestro primer imaginero murciano.

La cotización intelectual de esta obra y sus tareas docentes sobre Historia del Arte en nuestras aulas universitarias, sumadas a su intenso y aquilatado murcianismo fueron más que suficientes méritos para que fuese nombrado por la Dirección General de Bellas Artes Director del proyectado «Museo Salzillo» que hoy ya está casi totalmente acabado y él apenas pudo ver comenzado en sus obras de construcción y ajuste.

Pero, no solamente fueron objeto de su atención y de los desvelos de su pluma las figuras próceres de las Artes plásticas. También se ocupó de otros ilustres personajes, con ocasión de las conmemoraciones centenarias que organizó nuestra Academia; y aparte otros diseños literarios, todavía muy poco antes de morir, fué galardonado en el Certamen internacional celebrado por aquella Corporación con el premio al tema: «La Biblioteca de Saavedra Fajardo».

Las notas de su estilo y personalidad de escritor fueron siempre la claridad, el método, la precisión y exactitud del dato documental, y una elegancia de elocución muy destacada, como de quien estaba nutrido de las más selectas lecturas, clásicas y modernas.

Cuando iba recogiendo el provecho de su incansable faena y de su privilegiada inteligencia y prestigio social, una enfermedad traidora y consuntiva empezó a restarle fuerzas y a minar su naturaleza y comple-

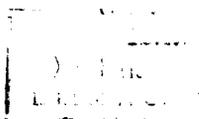


xión, nada robustas, aunque muy resistentes. Y cuando se le impuso un descanso consideradísimo a su cotidiano y fatigoso afanar en la prensa, que directa y heroicamente venía manteniendo; cuando preparaba oposiciones a cátedra universitaria, con aquella meticulosidad continuada, en él característica; y cuando se le otorgaron puestos políticos de relieve en Ayuntamiento y Diputación, tan adecuados a su honorabilidad, su enfermedad avanzada, contra la que varios años luchara animoso, acabó por rendirlo y vencerlo cortando el hilo de sus días con el último del año de 1955, a la edad de plenitud de los cuarenta y un años.

Estimadísimo en los medios académicos y literarios de Murcia y de fuera de ella, admirado y querido de todos, bien puede decirse que el doctor Sánchez Moreno no conoció ni dejó un solo enemigo ni en el contrario ni en el propio campo. Su sentido del respeto, de la amistad, de la caridad, de la justicia, de la religiosidad verdadera, en fin, le hicieron conseguir una concepción elevadísima e invulnerable.

En nuestras empresas y deliberaciones académicas sus palabras, sus puntos de vista, sus iniciativas y consejos fueron tan certeros y afortunados, tan preciadas sus colaboraciones, tan eficaces sus alientos y ayudas, que dista mucho de ser un tópico funerario el calificarlo de indispensable, y echarlo de menos en muchos casos y perspectivas; porque tenía finura mental y sagacidad comprensiva para todo; y sabía, con un saber integral y modesto, como lo fué en todas sus manifestaciones, de todo cuanto era objeto de nuestra atención o preocupación. Si los que morían jóvenes eran, según los paganos, amigos elegidos de los dioses, bien puede decirse de Sánchez Moreno, por su bondad y su piedad acrisoladas, por su simpática erudición, por su paciencia experimentadísima, por su resignada tristeza, que ha sido un predilecto de nuestro Dios único y verdadero, al que tanta gloria contribuyó personalmente a dar; a través de su malograda existencia fugaz, en todos los órdenes.





DON VICTOR SANCHO Y SANZ DE LARREA

Caso ejemplar y curioso de murcianismo de aclimatación («murcianidad» gustaba él de llamarle) el de este franco y buen aragonés que, a la mitad del camino de su vida—llegó a Murcia a los treinta y cinco años—dejó su país nativo, por funciones docentes oficiales, y se asimiló completamente la idiosincrasia del profesor, del maestro, adquiriendo en él una personalidad intelectual que lo llevó a puestos relevantes y lo encumbró a ostentar la medalla de nuestra vernácula Academia, de la que fué Secretario desde su fundación.

No como cualquier alienígena, sino como hombre muy adaptado a nuestro carácter y costumbres (sabidas son las concomitancias raciales, de lenguaje y carácter del pueblo de Aragón con los de la región nuestra desde los días de su segunda reconquista) apareció en nuestra ciudad, magrecido y afable siempre, el profesor de Segunda Enseñanza Don Víctor Sancho, quien pronto se familiarizó con los elementos más notorios de nuestra buena Sociedad.

Había nacido en Aliaga, provincia de Teruel, en 1885 y luego de haber hecho sus estudios superiores en el Instituto de dicha capital y en la Universidad de Zaragoza, donde se licenció en la Facultad de Filosofía y Letras, Sección de Historia, en 1922, pasó a ejercer la enseñanza al primero de dichos Centros como Profesor ayudante. Poco después de incorporarse, como catedrático numerario, a este Instituto de Alfonso X el Sabio, su comprovinciano y colega el después ilustre político Sr. Ibáñez



Martín, vino Sancho a dicho Centro docente, primero como Auxiliar de Idiomas, y después como Auxiliar numerario de la Sección de Letras. En tal concepto fueron muchos los cursos en que desempeñó diversas cátedras, y preferentemente la de Historia de España, disciplina que regentó algún criterio en nuestra Universidad, mientras estuvo vacante su titular; acreditándose siempre de profesor bien preparado, bondadoso y diligente de sus tareas en las que intervino durante esa época con afición y laboriosidad incansables.

En el año de 1929 fué nombrado por concurso Archivero-Bibliotecario de la Excm. Diputación Provincial de Murcia; cargo que ha venido desempeñando con asiduo celo hasta su muerte acaecida en 2 de noviembre de 1955.

Desde su mocedad, y en su tierra turolense mostró un fino instinto por lo arqueológico e histórico; y fué allí donde pergeñó el «Catálogo del Archivo Histórico del Ayuntamiento de Teruel»; y donde descubrió en la campiña un castro ibérico inequívoco y de singular interés; hallazgo que le valió ser nombrado Académico correspondiente de la Real de la Historia, en 1920 y numerario de la de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza.

De sus años de Archivero provincial en Murcia nos queda su obra colectánea, publicada por la Diputación en 1931, «Catálogo de documentos inéditos del benéfico Instituto de San Juan de Dios, durante los siglos del XVI al XIX», aportación parcial muy útil a la historia de los servicios hospitalarios en Murcia, Antes había dado a la luz pública un estimable trabajito histórico de investigación, «La reina Doña María y la ciudad de Teruel».

Pasados en Murcia y Jumilla, como pudo, los sufrimientos y privaciones de la época bélica roja, en la que pudo esquivar la persecución que contra él se iniciaba, al volver la paz y la normalidad y crearse nuestra Academia alfonsina bajo los auspicios de la Corporación a cuyo servicio seguía sirviendo como Archivero y Bibliotecario, fué el Sr. Sancho uno de los primeramente designados para ser miembro integrante de aquella; y posteriormente a su organización y puesta en marcha, fué nombrado Secretario de la misma.

También fué nombrado en 1948 por el Ministerio de Educación Nacional, y a la muerte del bibliófilo murcianista Alegría, Presidente del Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes, y unos años más tarde de la Comisión Provincial de Monumentos; cargos en cuyo desempeño ha permanecido hasta su fallecimiento. Bajo su gestión, coincidente en gran parte con la etapa ministerial de su paisano y amigo el Sr. Ibáñez Martín, tan afectivamente vinculado a nuestra capital y provincia por diversos antecedentes, la ayuda oficial a estas corporaciones y entidades



rectoras culturales se vió incrementada, por iniciativa e influencia del Sr. Sancho.

Las numerosas generaciones que habían pasado por sus clases oficiales lo estimaban sinceramente por su benevolencia; y en los medios sociales murcianos de alto y bajo nivel gozó de una consideración muy merecida por su sencillez, sus óptimas cualidades y el influjo de éstas sobre los numerosos amigos que supo crearse aquí y con los que entabló y mantuvo cordiales relaciones.

Su vida física y apacible ha corrido paralela con la administrativa y docente; pues casi ha coincidido la fecha de su muerte con la de su jubilación oficial. Ya más de un año antes de aquel final acaecimiento estuvo en gravísimo riesgo su existencia, salvándose mediante intensas y repetidas intervenciones quirúrgicas que pareció inverosímil pudiera resistir su ya carcomida y feble naturaleza. Nada de ésto le restó su ánimo y brío espirituales que mantuvo hasta el último momento, en que vió, con resignación serena y cristianísima, extinguirse la luz de su vivir y sintió flojear bajo su pie ligero el suelo que hollaba. Fué siempre un hombre pacífico y complaciente, que sembró atenciones y favores entre sus amigos, que hoy mantienen imborrable su silueta simpática y humana, y fresco y lozano su amable y apreciado recuerdo.

